

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III

MADRID, 13 ABRIL 1922

NÚM. 116

JERUSALEM

„PRESSA“
SECTOR SPANIEN



LA CIUDAD DE LA PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO

(Fot. Boyer.)

PRECIO: 25 CTS

Ayuntamiento de Madrid

La mujer en la Biblia

TODAS las mujeres que tenemos la gran bendición de poder leer la Biblia y creer que ella es «lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino», poseemos un gran consuelo, un gran poder y una gran esperanza.

A ninguna religión debe tanto la mujer como a la verdadera revelación de Dios, y especialmente, a la revelación de Dios dada por su mismo Hijo.

El Antiguo Testamento, en su primera página, nos dice: «Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los crió; varón y hembra los crió.» Teniendo el mismo origen divino que el hombre, también tenemos el mismo objeto o fin que cumplir, que es «glorificar a Dios y gozarle para siempre». Este objeto principal de nuestra existencia, no lo debemos perder de vista ni un momento, porque será la única manera de cumplir fielmente la pequeña y humilde misión que Dios nos ha designado en esta vida terrena, y cumpliendo nuestra misión con la mira puesta en aquellas palabras de San Pablo: «Hacedlo todo a la gloria de Dios», es como fortaleceremos nuestro carácter y elevaremos nuestro espíritu para ser útiles a la humanidad, cuando ésta exija de nosotros, por alguna circunstancia especial, una más alta misión, un sacrificio que a nuestro parecer sea mayor por estar fuera del nivel de nuestros pequeños sacrificios.

Al recordar la vida de la reina Esther lo que más nos admira es su valor, su fuerza de carácter, que pudo decir cuando vió claro cuál era su deber: «y así entraré al rey, aunque no sea conforme a la ley, y si perezco, que perezca». A este valor, a esta firmeza de carácter no llegó la reina Esther saliéndose de la esfera de acción que como mujer le pertenecía; ella se portó sin salirse de los límites de prudencia y modestia, aun en aquellos momentos críticos en que estaba ultimando la salvación de su pueblo, y supo ganarse la voluntad del rey Assuero valiéndose de las armas naturales de que Dios la había dotado.

Nuestra fortaleza está precisamente en el fiel cumplimiento

de nuestros al parecer pequeños e insignificantes deberes. (Prov., XXXI, 10-31.) Y no debemos olvidar que la mujer que teme a Jehová ésta será alabada.

Tenemos una gran esperanza nosotras las mujeres, al ver cómo trató Jesús a aquellas mujeres que durante su ministerio en la tierra acudieron a Él. A las que acudían por perdón, las perdonaba generosamente, seguro de que sabrían aceptar y comprender su perdón. No vió Él inútil enseñar a mujeres, y así le vemos sentado en el pozo de Jacob dando a una mujer samaritana una lección tan grande como la de quién es Dios y cómo debe ser adorado. Él vió en la mujer un ser que podía poseer todas las gracias que Él venía a traer a la humanidad y no perdió ocasión para dar estas gracias a aquellas que estaban sedientas de ellas. Alabó la ofrenda de la viuda porque con sus ojos divinos vió que era mayor ofrenda; como puede ahora aceptar y alabar desde el cielo el pequeño sacrificio de nuestros gustos y deseos si se los ofrecemos por el bien de nuestros semejantes, o por el bien de su causa.

Cristo admiró y alabó la fe de la Cananea diciéndole: «Oh, mujer, grande es tu fe», y es que no era una

fe ciega, como la que tienen muchas de nuestras compatriotas, que educadas e influídas por el catolicismo, se han acostumbrado, por desgracia, a creer sin comprender ni razonar.

La fe de la mujer Cananea era una fe como la de Job, que sabía en quién había creído, que comprendía no sólo el poder de Jesús, sino también su buena voluntad para todo ser que sufre.

Es un gran consuelo para nosotras saber que ya en esta tierra, y cumpliendo la misión que Dios nos ha designado, podemos escoger «la buena parte» como María, y nunca debemos distraernos y turbarnos como la pobre Marta, en nuestro empeño de cumplir mejor nuestra misión terrenal, pues ésta no la podremos cumplir bien, sino considerándola como una preparación para una vida más santa y perfecta.

SARA ARAUJO.



María de Betania

NOMBRE que despierta en nosotros tantos recuerdos de los últimos días que pasó el Salvador en este mundo! Jesús busca en toda su vida terrena la amistad, el amor de los hombres, no sólo como relación de Creador a criatura, de Salvador a redimido, sino como relación, además, de simpatía mutua, y la familia de Betania realiza ese anhelo. En aquel hogar donde todos y cada uno de sus miembros aman al Señor, es donde el Señor reposa y se complace en morar.

Reside allí Lázaro, el joven tan amado de Jesús, que se hizo acreedor a que llorara por él, antes de resucitarle, cuando vió que había desaparecido de entre los vivos. «Y lloró Jesús» nos dice Juan (XI, 35), nada más; sencilla frase que revela un tesoro de amor entre ambos hombres. Con Lázaro vive Marta, mujer tan amante de Jesús que se desvive por servirle, y, aunque ese servicio no fuera el más grato al Amigo, que la reprende con amor cuando le expone la queja de que su hermana la deja servir sola, pone en él su voluntad entera, sus energías todas, obsequiándole con toda el alma. Y con Lázaro y Marta hallamos a María, la hermana que no sirve al Señor, en el concepto de Marta, pero que se sienta a sus pies y escucha sus palabras con toda el alma también.

Entre estos tres hermanos tan fieles, tan íntimos, por decirlo así, del Salvador, y tan humanos, al mismo tiempo que se ocupan de comer y de los demás menesteres de la vida, la nota más simpática es, realmente, María, cuya alma iba, sin duda, identificándose con las enseñanzas del Maestro, por cuanto éste la alabó al manifestar a Marta que sus múltiples quehaceres la turbaban, diciendo que «María escogió la buena parte, la necesaria, y no le será quitada» (Lucas X, 38-42).

Y lo que podemos llamar señal culminante del amor de María, el hecho de su vida que, como dijo el mismo Jesús, encomiándola, «donde quiera que el Evangelio fuere predicado, en todo el mundo, será dicho para memoria de ella», fué el acto de ungir al Señor, derramando sobre su cabeza el ungüento de gran precio, contenido en un vaso de alabastro.

Este acto, verificado en su propia casa, en honor del invitado, manifiesta, no sólo el respeto y la alta consideración que Jesús merecía a la familia, sino el perfecto amor que no vacila en sacrificarlo todo al ser amado. Aquella fragancia trascendió por toda la casa, que se llenó del perfume del ungüento, como trasciende el amor que, difundiéndose, embalsama todo cuanto abarca su radio de acción.

Notemos el contraste que forma el cuadro: María, en su amor, no vacila en romper un vaso del cual, una vez roto, no puede conservarse una sola gota, obsequiando al huésped que honraba su casa con algo tan inmateral como su propio amor; Judas, apreciando el valor intrínseco de aquel perfume, que en nuestra moneda podríamos calcular en unas mil pesetas, se enoja, porque, en su concepto, se ha desperdiciado algo que vendido habría servido para aliviar la situación de muchos pobres. Las emanaciones de aquel perfume se extendieron por toda la casa, pero, sin duda, no llegaron al corazón del discípulo infiel, por cuanto no tardó en consumir la traición que meditaba.

Pero el Salvador, que acepta siempre el amor que vino a buscar, ve en el corazón de María, ve la sinceridad de aquel inestimable obsequio, y ve lo que no está al alcance de los demás comensales. Ve, como dijo, que María «se había anticipado a ungir su cuerpo para la sepultura», cosa que era costumbre en aquellos tiempos, y que en el caso del Redentor de los hom-

bres sólo el amor pudo haber llevado a cabo. Pere ve también el negro corazón de Judas, aquel corazón donde el amor jamás penetró, donde la compasión no tuvo cabida más que como disfraz del interés, y con la dulzura propia del Maestro de Nazareth se limita a responder a sus agravantes y descortesces palabras: «Dejadla, no la molestéis, que buena obra ha hecho. A los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.»

ROSA CABRERA.



María a los pies de Jesús.

(Dibujo de Harold Copping.)

La mujer de Pilato

Es muy poco lo que en el Evangelio se nos dice de la mujer de Pilato: es como una pincelada más en el fondo oscuro del cual resalta luminosa la imagen de Jesús. Podría faltar y nadie lo advertiría... y sin embargo, nos detenemos a mirar.

¡Es tan humano lo que pasa por el alma de aquella mujer!

Persigue, más o menos conscientemente, dos ideales, que no caben al mismo tiempo dentro de su pecho. Es el primero el que adquirió por el medio ambiente y por la educación.

De niña, de mujer, había visto un contraste muy pronunciado en todo cuanto la rodeaba: un pueblo fuerte, vigoroso, y pueblos débiles sojuzgados por él. Romana, acostumbrada a ser adulada por el mero hecho de pertenecer al pueblo vencedor, no es extraño que admirase la fortaleza, la voluntad para alcanzar dominio; y si bien es verdad que Roma iba perdiendo ya su antiguo orgullo de ser siempre justa y no vender sus opiniones, hasta cierto punto aún conservaba aquella nobleza innata de los que siempre fueron amos y no conocen el servilismo.

Noble, parece casi natural, que despreciara a la plebe, que no conociendo su propia opinión se dejaba llevar por el último que quisiese.

Rica, sabiendo por experiencia las comodidades que el lujo proporcionaba, se comprende que concediera al dinero más importancia de la que merece. Y así, ante su mente surgió vigoroso el ideal del poder unido a la riqueza.

Pero era mujer y no podía menos de compadecer a los necesitados, y era acaso madre, y para ella cada niño era todo un mundo, y como mujer y madre valoraba los esfuerzos, fuesen o no acompañados de éxito.

Se encuentra frente a Jesús, la ayuda de los desamparados, el amigo de los niños, cuya vida es un sacrificio continuo. Acaso no le haya llegado a ver nunca. Por los criados habrá oído hablar de Él, por alguna amiga, que no teniendo tan alta posición que perder, no haya desdeñado pararse a escuchar cuando aquel extraño soñador hablaba...

Y lo que de Jesús oye apela a aquel otro ideal, que en su ser estaba retraído y anhelaba desplegar sus fuertes alas... pero son más fuertes la costumbre y la educación; y al reflexionar la mujer a la luz del día, le parece ridículo el pensamiento de de-

jar sus comodidades por una necia idea. ¡Tenían razón sus padres al darle tal educación, tenía mil veces razón ella, al querer desarraigar de cuajo la simpatía que hacía aquel desgraciado quería florecer en su corazón!

Pero llegó la noche, en que las negras realidades parecen agigantarse y las ficticias desaparecen. Y llegó el sueño. Los pensamientos que había creído vencer por su esfuerzo, resurgen invictos en la noche, en que no tiene de qué echar mano para

alejarnos. ¿Había ideal más elevado que servilente para proteger a los débiles; noble, para llevar culpas ajenas; fuerte, para comunicar su preta tranquilidad a las almas sedientas de reposo? Mil voces de ternura clamaban contra las injusticias cometidas en el mundo, y mayormente contra la que se estaba consumando a manos de Pilato. Con lucidez espantosa ve lo que, al despertar, aún queda borroso en su recuerdo: que su marido va por camino errado. Y entonces su cariño la mueve a vencer su natural timidez y a rogar:

— «No tengas que ver con aquel justo, porque hoy he padecido muchas cosas en sueños por causa de él.»

No aduce ninguna razón lógica, ni su modo de sentir, como si instintivamente conociese que, de ceder Pilato, antes lo haría guiado por la superstición, que no por convicción u otro móvil. Espera con alma angustiada el éxito de su petición... y entre tanto, Pilato se lava las manos y consiente en la muerte de Jesús.

Y así, ¿de qué sirvió traducir a la vida real aquel íntimo

sentir? En este mundo de Dios no hay flor cuya fragancia se pierda, ni hay esfuerzo que pueda llamarse inútil. Para Jesús, aquella intervención habrá sido como un mensaje de su Padre. Al verse abandonado de los suyos, Dios le levanta amigos entre los extraños.

¿Y para la mujer de Pilato misma? Ya no era un ideal definido que peleaba contra instintos oscuros. Había surgido glorioso el nuevo modo de pensar. No importaba ser romana, no importaba poseer riquezas; importaba ser noble en la más alta acepción de la palabra, importaba ser un reflejo, aunque vago, indeciso del amor que vino al mundo para enseñarnos a servir.

CATALINA FLIEDNER.

(Dibujo de Max Ramos.)



La mujer de Pilato

Las hijas de Jerusalem

JESÚS iba camino del Calvario, cargado con su cruz; mas como su peso agobiase aquel cuerpo quebrantado por los azotes y el dolor, echaron mano de un tal Simón Cireneo, que venía del campo, para que le ayudase a llevar la cruz. Una grande multitud del pueblo y muchas mujeres, le seguían.

La excitación debió ser grande. Un espectáculo singular iba a desarrollarse dentro de poco delante de sus ojos. Muchos quizá gozarían anticipadamente, creyendo ver al Justo protestando y defendiéndose al fin, para evitar la ignominiosa muerte de cruz. Y ellos acogerían sus palabras o protestas con gritos de

nuestros hijos.» Y acaso estas hijas de Jerusalem, al par que lloraban amargamente la muerte del divino Maestro, remedio y alivio de sus males, ¿no llorarian también abrumadas por el peso de tan horrenda sentencia?

Ellas presentían toda la serie de desgracias que habrían de acaecer, presentimientos que, como todos sabemos, se cumplieron y tienen su confirmación en la Historia.

Jesús, al oír su llanto, se vuelve hacia ellas compasivo y amoroso, cual lo fué siempre, y les dice: «Hijas de Jerusalem, no me lloréis a mí.» Mas notad que no dice: ¡consolaos! o ¡enju-



«Hijas de Jerusalem, no me lloréis a mí»

aclamación burlesca y algazara. Mas Él como cordero fué llevado al matadero, y aun cuando le injuriaron enmudeció y no abrió su boca, según nos dice la Escritura.

Pero, ni el bullicio del gentío, ni los gritos groseros de la soldadesca, pudieron ahogar otros gritos agudos y lastimeros que llegaron hasta los oídos del Maestro. Eran éstos, los producidos por el gemido de las mujeres que seguían a Jesús *llorando y lamentándole*. ¿Y cómo no llorarle? Ellas también habían sido objeto del amor del Maestro; también ellas habían recibido de Él innumerables beneficios; muchas habían sido sanadas de diversas enfermedades; otras recibieron enseñanza, y no pocas consuelo y bendición; algunas fueron alentadas, levantadas del polvo, y ¡cuántas no habrían ido en busca de Jesús para que bendijese a sus pequeñuelos! Aquella bendición del hijo era para ellas de gran estima, porque las madres de Jerusalem vivían más para su prole que para sí mismas.

El llanto de las hijas de Jerusalem es el grito de protesta que muchos cobardes no se atrevieron a dar. Ellas demuestran con sus lágrimas que lo que el pueblo ha aprobado no es sino un crimen, que pesará sobre sus cabezas y las de sus hijos.

Ya el pueblo acaba de pronunciar su propia sentencia ante Pilato, diciendo: «Que su sangre sea sobre nosotros y sobre

gad vuestro llanto!, sino ¡llorad! «llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos». ¿No parece ser esta una respuesta afirmativa a los temores e inquietudes que ellas experimentaban?

Jesús continúa pintándoles el cuadro de los sufrimientos que tendrían que soportar, de las desgracias que sobrevendrían.

Y acaso, ¿no somos nosotros hoy día testigos del cumplimiento de aquella sentencia? ¿No vemos al pueblo judío errante sobre la faz de la tierra, sin patria, sin hogar, sin ciudad permanente, sin fe ni esperanza; desprestigiados, calumniados, despreciados y aun perseguidos por algunos pueblos?

¡Cuán dulce debió ser el llanto de las mujeres después de haber escuchado las últimas palabras del Maestro! Él las había oído y comprendido, cuando otros las habrían ridiculizado.

La generalidad de los hombres consideran el llanto como un signo de debilidad propio de las mujeres. ¡Cuán equivocados se hallan! La verdadera grandeza de alma está precisamente en saber llorar, porque las lágrimas revelan una perfecta conciencia de nuestro estado moral. Ellas revelan la pureza de nuestros sentimientos; ellas indican que dentro de nosotros late un corazón de carne, un corazón que ama, que anhela perdón, gozo, calma, felicidad.

MARÍA BARROSO.

(Dibujo de Calderé.)

La madre de Jesús

EMBEBIDA en su dolor, la madre de Jesús, con algunas otras santas mujeres y el discípulo amado, que bien puede llamarse el discípulo que amaba, desecha todo temor y permanece en el lugar del suplicio de su Hijo. No recuerda que los judíos, llenos de odio, pueden prender a todos los que habían sido los suyos; en la hora cruel de su prisión, leemos que «entonces todos los discípulos huyeron, dejándole»; y cuando un poco más tarde Pedro intenta acercarse, negó conocerle (Mateo, XXVI). Pero María ni siquiera piensa en moverse del sitio

bre cualquier otro amor, para que así penetre en los consejos de Dios? Puede ser; pero me parece encontrar la explicación en una palabra de la misma María: «Mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.» A pesar del favor insigne que le concedió el Todopoderoso, ella sabe que necesita un Salvador; comprende que ella también es pecadora, y que sólo la sangre preciosa derramada en la cruz puede limpiarla de su iniquidad; se da cuenta que para ella también es menester toda la gracia y misericordia divina para ser perdonada en virtud de la obra reden-



MARÍA

que ocupa; siguió todos los movimientos de la crucifixión, y va a quedarse allí hasta el fin. Mas ¡qué dignidad, qué nobleza en este nunca visto padecer! Ni un grito, ni una queja; desde el día en que fué escogida para recibir en su seno al Hijo de Dios, sabía que tal hora de amargura había de llegar, pues le había dicho Simeón: «Una espada traspasará tu alma de ti misma», y «guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón». Llegada esta hora, del todo conforme con la voluntad divina, que conoce desde tanto tiempo, María acepta el sacrificio de su Hijo, sin murmurar.

Observemos todavía otros caracteres de este dolor que tanto nos conmueve. Es sobremanera inteligente: no lo vemos precedido ni seguido de palabras o acciones que, al par que denotan entrañable amor, manifiestan total ignorancia de los caminos de Dios.

¿De dónde proviene en ella tanta inteligencia del pensamiento divino? ¿Tendrá el amor maternal una superioridad so-

tora de la cruz. Nunca se figuró ella ser una fuente de gracia, sino un objeto de compasión, y mucho yerran los que creen lo contrario: no, sus dolores no son los que salvan, sino los del Crucificado, que también nosotros hemos aprendido a apreciar, siendo, como ella, los redimidos del Señor.

Contemplemos la muerte de Jesús con los sentimientos que tenía su madre cuando estaba al pie de la cruz; con ella oigamos las preciosas palabras caídas de los labios que van a cerrarse. Al escuchar: — «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» — sepamos que fué porque llevaba toda nuestra maldad; y cuando grita: — «Consumado es» — tomemos para nosotros la buena nueva de la perfecta redención; en las tres horas sombrías que pasó María mirándole sufrir, Él llevó la eternidad de nuestro castigo.

ALICE RICHAUD.

(Cuadro de Dolci.)

Las santas mujeres

EL drama del Gólgota ha terminado. Jesús ha exhalado el último suspiro, y la multitud, conmovida, regresa a sus hogares. Al día siguiente, día de reposo para el pueblo judío, Jerusalem descansa de las emociones del día anterior. Los príncipes de los sacerdotes reposan también tranquilos y satisfechos, pues consiguieron destruir a su terrible enemigo. Ya no temen sus imprecaciones. Los soldados del César guardan su sepulcro, y no hay miedo que los discípulos hurten el cuerpo del Maestro y engañen al pueblo diciendo que ha resucitado. El día termina sin incidentes. Las tinieblas de la noche envuelven a Jerusalem.

Pasadas algunas horas, coronando las cimas de las cercanas montañas, dibújase un tenue resplandor. Es el alborar del crepúsculo matutino. A su débil luz, vese un pequeño grupo de mujeres salir de la ciudad con dirección al campo. ¿Adónde van? La tristeza que se dibuja en sus semblantes denota que les agobia un gran pesar. ¿Y cómo no? Jesús de Nazareth ha muerto sobre el Gólgota, víctima del odio sacerdotal y de las iras populares.

Débiles mujeres, no han podido hacer otra cosa que seguir el proceso de la condena infamatoria de Jesús. Y cuando éste ha sido clavado en la cruz, no siéndoles posible abrirse paso a través de los soldados y el pueblo, han permanecido lejos mirando el suplicio del Redentor. ¿Les queda algo más que hacer? Si; todavía pueden dar al Maestro una última prueba de su amor. Y al sepulcro van decididas a derramar, sobre aquel cuerpo querido, juntamente con el raudal de sus lágrimas, las drogas aromáticas de que van provistas.

Mientras caminan un pensamiento les asalta: ¿Quién moverá la piedra que cubre la entrada del sepulcro? Mas esta duda no les hace retroceder. Piensan que acaso haya algún caminante que les preste ese pequeño servicio. Así siguen avanzando, hasta que llegan a la peña en que está enclavado el sepulcro de Jesús. El espectáculo inesperado que a su vista se ofrece las deja paralizadas. La piedra del sepulcro ha sido quitada, y dentro, sentado sobre el túmulo, hay un mancebo con ropaje resplandeciente. Es el ángel del Señor, que ha velado el sueño funeral del Salvador. Ante semejante escena, aquellas sencillas mujeres sienten atemorizarse su corazón. Mas pronto las conforta la voz de aquel emisario celestial: «No temáis... ha resucitado.»

Al oír esta nueva, aquellas santas mujeres sienten abrirse sus corazones a la más dulce esperanza. ¡Jesús vive! Podrán contemplar de nuevo su rostro y escuchar sus palabras de amor. Y sin aguardar a más, regresan apresuradamente para ir en busca de su Maestro. Todavía no han andado mucho cuando una persona viene a su encuentro. Al fijar en ella la vista sienten su alma inundada de alegría. ¡Es Jesús, sí, el mismo! El

cual, con acento inimitable, les dirige un cariñoso saludo.

Ellas, enajenadas de gozo, se arrojan a sus pies, lo abrazan, le ofrecen el testimonio de su adoración. ¡Cuadro bellísimo! ¿Qué pintor sería capaz de reproducirlo con fidelidad?

Santas y felices mujeres. Ellas escogieron la buena parte, y ahora la recibían aumentada. Se cumplía en ellas la palabra de Jesús: «Al que tuviere le será dado.»

Y nosotras, ¿abundamos en los sentimientos de amor que llenaban el corazón de aquellas santas mujeres? Año tras año, nos sentamos a los pies de Jesús para escuchar su palabra. Si llega el momento de dar nuestro testimonio de amor al Maestro, ¿quién quitará las piedras que intercepten nuestro camino? Las santas mujeres no retrocedieron ante la idea de hallar el sepulcro cerrado. A nosotras, si somos fieles, también nos enviará Dios sus ángeles, los cuales allanarán nuestro camino para que podamos realizar nuestros cristianos deseos.

Las santas mujeres tuvieron el privilegio de ser las primeras en ver al Salvador resucitado. Nosotras, evangélicas españolas del siglo xx, tenemos también el privilegio

de ser, entre millares de nuestro sexo, las que tremolamos el estandarte del Evangelio en nuestra patria. No temamos. La piedra sepulcral de la intolerancia religiosa ha sido ya removida, y de entre las tinieblas del fanatismo y la superstición surge la figura gloriosa de nuestro Salvador, el cual viene a nosotras para fortalecer nuestra fe. Adelante. Sigamos nuestro camino confiando en que pronto el brillante Sol de justicia iluminará todos los ámbitos de nuestra querida patria, alumbrando la conciencia de nuestros compatriotas y dando a España la salvación, la paz, la libertad y aquella justicia que engrandece a las naciones que siguen fielmente al Rey de reyes y Señor de señores, Cristo Jesús.

LAURA MARTÍNEZ.

(Cuadro de Bouguereau.)



Las Santas Mujeres.

María Magdalena

ES de mañana. Acaso el sol, a punto de salir, desvaneció no mucho ha los fulgores tímidos y lindos del lucero de la mañana. Una brisa ligera mueve graciosamente la túnica de una mujer. Una vez más nuestra mente reproduce el cuadro familiar que pintores y poetas trataron de llevar cautivo en sus obras, sin lograr superar en sencillez y belleza a la narración sagrada. Imaginamos una atmósfera rosada, suavidad y armonía en los contornos de las figuras, y una luz inexplicable que todo lo diviniza, al leer la narración de María Magdalena junto al sepulcro.

Jesús resucitado es ya de por sí algo sublime que se escapa al mejor de los pinceles, pero he aquí que al lado de la figura triunfante del Señor se nos presenta la humilde silueta de una mujer. ¿Qué hace allí? Nos hemos olvidado que está en un cementerio, sitio triste y tenebroso. Los sitios no son nada en sí, sino que reciben su esencia del mundo que llevamos en nuestros propios pensamientos.

María Magdalena, la mujer, la primera en llegar al sepulcro en la mañana del Domingo, está allí al rayar el alba. ¡Lo que puede en diligencia, prontitud y presteza una mujer cuando se propone algo! Poned en ella el aliciente, dadle los medios, y veréis en cada mujer una Magdalena que corre, que llega antes que nadie a donde quiere llegar.

El aliciente de María Magdalena, falsificado por literatos cubistas (digo yo que serán cubistas, porque parecen no ver claro), es tan puro, tan simpático, que nos arrastra a considerarlo, aunque revolvamos una y cien veces en la vieja historia, siempre nueva. María conoció a Jesús cuando el mundo brillaba para ella con todos los atractivos que le proporcionaban su belleza y la calidad de su vida. Consideremos que vivió en la vieja Judea, donde no se ofrecía a la mujer más alternativa que esclava o reina; o comprada en nupcias preparadas sin previa

consulta, o dominadora del hombre explotando sus debilidades. María Magdalena vió en Jesús la redención de ambas cadenas sociales, la redención de su alma, no ya sólo de los pecados de su pasada vida, en las palabras «no peques más», sino en el cumplimiento de sus ideales que la vida de Jesús le ofrecía. María Magdalena era un espíritu activo e independiente, lleno

de grandes ambiciones. Necesitaba horizontes, inspiración en el infinito verbo del Salvador.

Pocos datos tenemos de su vida, pero nos bastan para ofrecernos un estudio femenino muy curioso. Ella es el tipo de la mujer triunfante de los obstáculos sociales y de su propia debilidad. Es de suponer que una mujer de su clase no hallaría fácil introducir su personalidad bienhechora en la sociedad. Grande debió ser el bien que su mano, llena de tacto gentil, y probablemente poseedora de grandes riquezas, sembró en la senda que le trazara el Salvador. Su talento al servicio de Cristo debió producir efectos sorprendentes. La humildad constante en que el recuerdo de su pasada vida la colocaba, darían a sus bondades un tinte muy en contraste con el de la mujer poseída de sus virtudes presentes y



No me toques.

pasadas. ¡En qué constante mansedumbre y firmeza estaría su alma ante las miradas de los que dudaban de ella! María Magdalena nos inspira como la mujer que nos dice: «Nada hay imposible cuando queremos y llevamos con nosotros al Señor.» Por eso la estancia de esta mujer admirable la primera junto al sepulcro, es significativa. Sabía ella que toda su fuerza moral emanaba del Maestro que había transformado su vida. Por eso ella fué a buscarlo a la tumba. Separarse de Él era para ella símbolo de fracaso. Con muchas mujeres así, que llenas de humildad y valor buscaran al Señor con ansia, ¡cuán pronto veríamos transformarse el mundo!

ELISA PÉREZ.

(Cuadro de Correggio.)

La Cruz

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo a mis acentos
con silencio profundo!

¡Y tú, supremo Autor de la armonía,
que prestas voz al mar, al viento, al aire,
resonancia concede al arpa mía,
y en conceptos de austera poesía
el poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
de ese nombre al lanzar eco infinito
que aterroriza al inmortal precito
en su mansión de duelo.

¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
postra a tal voz la luminosa frente;
tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
y del amor las altas maravillas,
absorto adora el serafín ardiente.

Alzad vuestro pendón brillante y puro,
¡oh, de la fe sublimes campeones!
y que su luz dirija las naciones
al porvenir obscuro.

Sólo Él, que a miles las victorias cuenta,
disipar puede sombras y vestigios...
Sólo El, que eterno la verdad sustenta,
y — como en firme pedestal — se asienta
en la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
a cuyo aspecto hundiéronse al abismo
los dioses del antiguo paganismo,
desde su Olimpo egregio!

¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
— como emblema de triunfo — Constantino
sobre el cesáreo lauro de su frente,
las águilas de Roma armipotente,
parias rindiendo al Lábaro divino!

Alzadlo cual le halló — noble y pujante,
más fuerte que los pueblos y los reyes —
sobre escombros de razas y de leyes
el bárbaro triunfante.

Por sus bridones, con desprecio hollado,
fué el esplendor romano envejecido;
mas de esa Cruz ante el poder sagrado
detúvose el torrente desbordado,
y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo, cual se alzó piadoso y bello,
a ennoblecer bajo su blando yugo
el que al destino descargar le plugo
de América en el cuello.

Dió un paso el tiempo, y a su influjo vario
— que tan pronto derriba como encumbra —
ya no es de un mundo el otro tributario;
mas inmutable al siglo del Calvario
el sol del Inca y del Azteca alumbró.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
la vacilante Humanidad. — Doquiera
¿no la veis a la par doliente y fiera,
cuál convulsa se agita?

Lanzada entre problemas pavorosos,
y a impulsos, ¡ay!, de un vértigo profundo,
¿qué le valdrán esfuerzos dolorosos,
si de esa Cruz los brazos poderosos
no hallan asiento en que descansen el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendón divino,
símbolo de salud, cifra de gloria,
pues sólo y siempre explicará la historia
del humano destino.

¡Alzadlo! que los siglos él presida,
como la ígnea columna del desierto,
que, entre las sombras de esplendor vestida,
para alcanzar la tierra prometida
señalaba a Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
su progreso marcó la era cristiana
mostrándole ella, en acta soberana,
la libertad del hombre!

Fué su conquista, y ella la afianza;
que sólo en ella la igualdad se alcanza,
pues son sus brazos la única balanza
donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra,
pesó el valor del mundo. . . ¡oh maravilla,
que si del hombre la razón humilla,
su dignidad demuestra!

¡Sí!, pesó al mundo la eternal justicia,
pesólo por alzar al que lo abate,
yugo cruel de la infernal malicia. . .
Y en aquel tanto amor cargó propicia,
que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
del leño sagrado, se ostentan
las manos que al orbe sustentan,
las manos que rigen al sol.

Por eso en gemidos se ahoga
la voz que a la nada fecunda,
velada por sombra profunda
la luz de la gloria de Dios.

Tú expiras ¡Autor de la vida! . . .
La muerte contigo se ensaña. . .
Mas rota quedó la guadaña
¡al darte su golpe cruel!

Alzado en tu trono sangriento,
su trono por siempre derrumbas. . .
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
recogen tu aliento postrer!

El Rey de la tierra probando
fatal fruto de árbol de ciencia,
la muerte nos dió por herencia,
y esclavos nos hizo del mal.

El Rey de los cielos, cual fruto
del árbol de amor, nos convida,
la patria nos vuelve y la vida;
¡por padre al Eterno nos da!

¡Florece, árbol santo, que el astro
de eterna verdad te ilumina,
y el riego de gracia divina
fomenta tu inmensa raíz!

¡Florece, tus ramas extiende! . . .
¡La extirpe de Adán, fatigada,
repose a tu sombra sagrada
del uno al opuesto confín!

¡Te acaten pasando los siglos,
y tú los presidas inmóvil,
y toda rodilla se doble
al pie de tu eterno vigor!

Los cielos, la tierra, el abismo
se inclinan si suena tu nombre. . .
¡Tú ostentas a Dios hecho hombre!
¡Tú elevas al hombre hasta Dios!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

CULTOS EVANGÉLICOS EN MADRID

JUEVES SANTO

IGLESIA DE JESÚS

Calatrava, 27. — A las ocho de la noche, culto litúrgico, lectura bíblica de la Pasión de Cristo. Coros a cuatro voces.

IGLESIA DEL SALVADOR

Noviciado, 3. — A las ocho de la noche, culto de Pasión y sermón sobre el tema: «Cristo en Gethsemaní y en el Pretorio», por D. Enrique Lindegaard y D. Francisco Romero. Himnos a varias voces.

IGLESIA DEL REDENTOR

Beneficencia, 18. — A las seis de la tarde, culto de Comunión. Sermón acerca de la Eucaristía, por D. Fernando Cabrera. Motetes y Comunión de los maestros Falcó y Ferrer, interpretados por el coro de la iglesia.

VIERNES SANTO

IGLESIA DE JESÚS

Calatrava, 27. — A las once de la mañana, culto y sermón sobre «El significado de la Cruz», por D. Juan Fliedner. — A las ocho de la noche, culto y sermón sobre «Las Siete Palabras», por el Sr. Fliedner. En estos cultos el coro de la iglesia interpretará escogidos trozos de música religiosa.

IGLESIA DEL SALVADOR

Noviciado, 3. — A las doce de la mañana, culto y sermón sobre «Las Siete Palabras», a cargo de D. Enrique Lindegaard, D. José Caraballo y Don Carlos Araujo y García. Himnos a varias voces.

IGLESIA DEL REDENTOR

Beneficencia, 18. — A las once de la mañana, oficio de Viernes Santo. Sermón sobre «Las Siete Palabras», por D. Fernando Cabrera. Antifonas clásicas. — A las seis de la tarde, oficio de Pasión. Sermón: «María al pie de la cruz», por Don Fernando Cabrera. Miserere y antifonas por el coro de la iglesia.

IGLESIA DE CHAMBERÍ, Trafalgar, 34. — A las ocho de la noche, culto y predicación sobre la Pasión y muerte de Cristo.

CAPILLAS: Lavapiés, 13; López de Hoyos, 100; Nicasio Méndez, 62 (Puente de Vallecas); Carolinas, 8; Carretera de Aragón, 35. — A las ocho de la noche, cultos y sermones sobre la Pasión y muerte de Cristo. Varios predicadores.

Sociedad de Publicaciones Religiosas

PUBLICACIONES RECIENTES

Tamate, vida y aventuras de un héroe cristiano, por RICHARD LOVETT.

La vida y trabajos de Jaime Chalmers, «el Livingstone de Nueva Guinea. Narración llena de movimiento, de interés y de vida. Tiene todos los encantos de un libro de aventuras, con la ventaja de la veracidad y del estímulo espiritual que encierra.

En rústica. 3,— pesetas.

Los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, con notas aclaratorias e ilustraciones de HAROLD COPPING.

Las notas son breves, pero muy útiles para aclarar puntos difíciles o detalles de lugares y tiempos. Las diez y seis láminas en colores se distinguen por la manera reverente, artística y sugestiva en que el pintor ha tratado sus asuntos.

En cartóné. 3,50 pesetas.

Martín Lutero, su vida y su obra, por FEDERICO FLIEDNER.

Nueva edición de una obra mercedamente popular por el interés y la fidelidad de su narración. Con ilustraciones.

En rústica. 3,— pesetas.
En cartóné 4,— "
En tela 5,— "

Los hermanos españoles, por DÉBORA ALCOCK.

Una novela que tiene por fondo la trágica historia del desarrollo de la Reforma en España en el siglo XVI y de su extinción en las hogueras de la Inquisición. Ilustraciones de Méndez Bringa

En rústica. 4,50 pesetas.
En cartóné 5,— "
En tela 6,— "

Calle de la Flor Alta, núms. 2 y 4, 1.º :: MADRID

SANTA BIBLIA



(Cuadro de J. Doyle Penrose.)

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

— *No falta más que un capítulo, maestro — dijo el amanuense, no sin ansiedad —; mas va siéndooos bien penoso dictar.*

— *No — dijo Beda — es fácil. Toma tu pluma y escribe ligero.*

Aun casi cegándole las lágrimas al ver a su maestro, el venerable Beda, moribundo, el joven seguía escribiendo.

— *Ahora, padre, sólo queda una frase.*

Beda seguía dictando.

— *Se ha terminado, maestro — dijo el joven.*

— *Es verdad, se ha terminado. Ayúdame a llegar hasta esa ventana donde tantas veces he orado.*

Y a los breves momentos entraba en su descanso eterno el traductor del Evangelio de San Juan al anglo-sajón.

Al ofrecérsete la Biblia en tu idioma se te ofrece, lector, un libro enriquecido por los esfuerzos, las ansiedades, los anhelos y las santas aspiraciones de hombres tan nobles como este traductor. Es la Palabra de Dios revelada y comunicada a través del espíritu del hombre.

MAGNÍFICA EDICIÓN EN CUARTO, TELA, CON MAPAS,
6 pesetas. - Por correo, certificado, 6,75

SOCIEDAD BÍBLICA

FLOR ALTA, 2 Y 4. - MADRID